

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

Dominica 19 después de Pentecostés.

*Et dixerunt ei quia
heri hora septima re-
liquit eum febris.*

JOAN, IV, 52.

Y le dijeron: ayer
á las siete le dejó la
fiebre.

El evangelio de esta Dominica refiere un nuevo milagro de Jesucristo. Estaba gravemente enfermo, á punto de morir, el hijo de un régulo, cortesano del rey Herodes, habitante en la ciudad de Capharnaum. Habiendo oido el afligido padre que Jesus venia de la Judea á la Galilea, salió á su encuentro, y le rogaba que descudiese y sanase á su hijo: porque se estaba muriendo. Y Jesús le dijo: Si no viéreis milagros y prodigios, no creéis. Reprende el Salvador al cortesano por su poca fé; porque no creia que podía curar á su hijo, si no iba á

visitarle, ni darle la vida si llegaba á morir. Jesús le dijo: Ve, que tu hijo vive. Y cuando se volvió, salieron á él las criadas, y le dieron nuevas, diciendo que su hijo estaba bueno. Y les preguntó la hora en que habia comenzado á mejorar, y le dijeron: Ayer á la hora séptima, equivalente á la una del dia, le dejó la fiebre. Entendió el padre que era cabalmente la misma hora en que Jesús le dijo: «Tu hijo está buenc; y creyó él y toda su casa.»

Los sagrados expositores de acuerdo con la autoridad de los Santos Padres han visto en la fiebre que padecia el hijo del régulo el fuego de las pasiones que devora la salud y la vida de las almas, y despues de pintar con los mas vivos colores la fiebre moral y sus horribles estragos,

indican el único remedio que puede curarla, á saber; la gracia de Jesucristo, afamado médico venido del cielo á la tierra á curar las llagas de la humanidad, á vencer la muerte con su muerte, y á darnos una nueva vida.

Voy á exponer el sagrado texto, con el fin de demostrar en toda su horrible gravedad la fiebre moral, sus causas y efectos, y sus remedios.

I.

Que el pecado es la fiebre de las almas, lo enseñan los doctores de la Iglesia exponiendo el sentido moral del presente Evangelio. Y siguiendo las huellas de los Santos Padres, vamos á describir la gravedad de esta dolencia y á señalar la única medicina que puede curarla.

Tenemos á la vista un cuadro desgarrador. El mundo está lleno de enfermos, cunde como el cáncer la inmoralidad, propáganse los pecados, los vicios de la fábula se ostentan con todas las impurezas de la realidad, el fuego de las pasiones extiende por todas partes sus asoladores incendios, perecen las virtudes, mueren las almas, se disuelve la familia, y agoniza la sociedad, devoradas sus entrañas por el fuego de todas las concupiscencias.

Todo lo que hay en el mundo es perversion y corrupcion, ignorancia y malicia, errores y vicios, concupiscencia de los ojos, concupiscencia de la carne y soberbia de la vida.

Esta es la fiebre que nos devora; la soberbia, la avaricia, la lujuria, la gula, la envidia, llagas hediondas que afean y consumen la vida de las almas, fuentes ponzoñosas de donde brota ese torrente de inmoralidad que va sembrando por todas partes la destruccion y la muerte. *Febris nostra avaritia est; febris nostra libido est.*

II.

Varias son las especies de fiebre moral que comprometen la vida del alma á semejanza de las fiebres físicas que atacan la vida del cuerpo. Expondremos algunas, las que causan más estragos y son más difíciles de curar.

Es la primera la soberbia, fiebre peligrosísima que consiste dice San Gregorio, en hacernos creer que somos autores de nuestros bienes y que á nadie debemos lo que somos y tenemos; que nos impulsa á gloriarnos de cosas que no son nuestras, ó que en realidad no tenemos; que nos arrastra al olvido de Dios, autor

soberano y dador generoso de todos nuestros bienes, y al desprecio de nuestros hermanos. Combatid esta fiebre funestísima que seca el manantial de la gracia y ahonda las llagas de vuestro corazón. Está escrito que Dios resiste á los soberbios y dá su gracia á los humildes. Contra el vicio de la soberbia teneis á la mano la medicina de la humildad, virtud fundamental de la vida cristiana, tan necesaria á la vida de las demás virtudes como el tallo á las flores, como la raíz á las plantas, como el cimiento al edificio. ¿Quereis ser grandes á los ojos de Dios, y perfectos en la escuela de Cristo, y bienaventurados en su reino? Pues hé aquí el camino: sed mansos y humildes de corazón. La fe y la experiencia, lo que vemos y tocamos en nosotros mismos y en la vida de los demás acredita la verdad de la divina sentencia, tantas veces repetida en el Evangelio, á saber; que será ensalzado el que se humilla, y humillado el que se ensalza.

III.

Otra enfermedad no menos común y peligrosa es la avaricia. Llámase continua esta fiebre moral porque otros pecadores dan tregua á sus pasiones y hacen

alto en sus pecados, pero el avaro peca en sus pensamientos, en sus palabras, en sus obras; peca de día y de noche, peca en los días de fiesta y en los días de trabajo, y toda su vida es una cadena de pecados. La fiebre del lucro le devora, el dinero es su ídolo, la ganancia su fin.

El avaro no respeta la ley de Dios ni los derechos del prójimo. Atesorar, atesorar, hé aquí su fin último y su aspiración supremas. Yo no conozco degradación mas espantosa que la del avaro. Su desdicha corre parejas con su envilecimiento. El avaro idolatra.

No adora al Dios verdadero, consagra al metal toda su vida, y está dispuesto á adorar al demonio con tal que le ayude á satisfacer su insaciable codicia. El Apóstol ha dicho que la avaricia es servidumbre de ídolos (1). El avaro no duerme, y sus días están llenos de fatigas y miserias. *Saturitas divitis non sinit eum dormire* (2).

Esta fiebre se ha hecho epidémica en nuestros tiempos. La civilización moderna, síntesis de todos los errores y de todos los vicios que nos degradan y envilecen, ha difundido en todas las

(1) Ad Coloss. III.

(2) Ecclé., XI.

clases sociales el fuego de la avaricia y no hay más que sed inextinguible en los corazones, pecados y obras de pecados, soberbia en los ricos y envidia en los pobres, guerra de los que no tienen contra los que tienen. Fiebre espantosa de ser y de tener, de lucir y de gozar, originada de que la incredulidad ha entibiado, ó extinguido la fé en los entendimientos y la caridad en los corazones.

IV.

Reina el sensualismo en la sociedad moderna, y los hombres sensuales no buscan otra cosa que el goce de los sentidos y la satisfacción en los más groseros apetitos. La fiebre de la gula es la que impulsa las rebeliones de la carne contra el espíritu, de los sentidos contra la razón, del hombre animal contra el hombre espiritual, criado por Dios á su imagen y semejanza, y elevado por la gracia de Jesucristo al orden sobrenatural de los merecimientos, y de la gloria. La gula es una pasión insaciable.

Venid, exclaman los gulosos, apuremos la copa del vino y llenemos de manjar nuestro vientre, y sea hoy como mañana una fiesta continúa nuestra vida y perpétuo nuestro gozar. *Venite*

sumamus vinum, et impleamur ebrietate, et erit sicut hodie, sic et cras et multo amplius (1). Sanguijuela insaciable, madre de dos hijas que devoran á su víctima sin hartarse jamás. *Sanguisugæ duæ sunt filie dicentes, afert, afert* (2). Porque como la fiebre de la gula es de todos los días trae consigo necesariamente la fiebre de la lujuria, desordenado apetito de goces inmundos que es insaciable. *Venter impiorum insaturabilis*.

No hay palabra bastante elocuente para describir la enormidad de este pecado y los estragos que causa en todos los órdenes de la vida humana. Es un fuego devorador que aniquila los dones de la naturaleza y de la gracia, y consume hasta los héroes. *Ignis est usque ad consumationem devorans, et omnia eradicans genimina* (3).

¿Dónde encontraremos medicinas para estas llagas hediondas que destruyen la salud de las almas, y la vida de la sociedad? ¿De dónde nos vendrá la luz para conocer la profundidad de nuestros males y el remedio de nuestras miserias? *¿Unde veniet auxilium mihi?* La gracia de Jesucristo, médico sapientísimo y amo-

(1) Yaid., 56.

(2) Prov., XXX.

(3) Job., III.

rosísimo de los cuerpos y de las almas, la gracia de nuestro Redentor y Salvador, la gracia que es luz, camino y vida, hé aquí el remedio de nuestras enfermedades, la medicina de nuestras almas, el fuego divino que apagará en los corazones ese fuego devorador de las pasiones, esa fiebre de la soberbia, de la avaricia, de la gula, de la lujuria que corrompe las costumbres y deforma la imagen de Dios, impresa en la frente del hombre. *Computruerunt in stercore suo* (1).

Buscad esa gracia en la oración, en los sacramentos, en las prácticas piadosas, en la devoción á la Virgen, pero buscadla con fé, pedidla con fervor, con instancias, con acento de humildad, como el cortesano del Evangelio, y oireis palabra de salud y de perdon: VADE, FILIUS TUUS VIVIT. Id, os he dado la vida. Y al punto sanareis de vuestras dolencias. *Et reliquit eum febris* Id, no volvais ya la cara; caminad confiados, resueltos, animosos. *Et ibad.* Id, y no retrocedais en la senda de la virtud que habeis emprendido. Id, á vuestra casa, á la vision de Dios, á los goces de su reino, Amen.

1 Johel., I.

¿QUIEN ERES? (1)

Ser débil que ansioso vas,
Consuelo do quier sembrando,
El infortunio aplacando
De aquel que padece mas.

¿Es de flores tu camino?
¿No hallas nunca en él espinas?
¿O es que entre ángeles caminas
Y es sonreír tu destino?

Eres bella, y no te ufanas,
Eres jóven, y te ocultas;
Te vistes, y no consultas
Las vanidades mundanas.

¿De dónde vienes?—De Dios.
¿A dónde vas?—A la gloria.
¿Cuál es entonces tu historia?
—Ir de la desgracia en pos.

¿Dónde vives?—En la tierra.
¿Es tu casa...?—Un hospital.
¿Cuál es tu familia?—¿Cuál?
La que mas dolor encierra.

¿Tienes bienes?—Pobre soy.
¿Y te ocupa?—El dar consuelo.
¿Siendo pobre?—Sí; del cielo
Tengo bienes, y esos doy.

¿Y á quienes se los das?—Al sér
Que, inocente ó desvalido,
Enfermo, pobre ó herido,
Consuelos ha menester.

¿A qué aspiras?—A abrazar
La Cruz de mi Redentor,
A hacer el bien por su amor,
Y almas por su amor salvar.

¿Y al amigo y enemigo
Socorres?—¡Oh! sí, á los dos;

Que es mi caridad de Dios,
Y á todos concede abrigo.

Yo en el campo ensangrentado,
Del cañon al estampido,
Allí do alienta un herido,
Le prodigo mi cuidado.

Yo le ofrezco dulce calma,
Mi crucifijo mostrando,
Y el cuerpo herido curando,
Voy al par curado el alma.

¿Eres ángel?—¡Oh...! callad:
Pues dí, mujer sobrehumana,
¿Quién eres?—Soy una *hermana*:
¿De quién?—De la *Caridad*.

UN REQUIEBRO DEL DIABLO

Ó VERÓNICA DE MILAN.

(*Conclusion.*)

—Pues aprende á leer, hija mia, dijo la Abadesa, y despues vuelve con tus padres. ¡Mucho será que no podamos admitirte!

—¿Cómo lo haré interrogó la pobre jóven, sino tengo dinero para pagar al maestro?

—Encomiéndate á la Santísima Virgen, contestó la Abadesa, y desapareció, dejando á la niña llena de temores y esperanzas.

Cuando una jóven se enamora de un jóven, dado es que se distraiga de su passion.

La ingratitud del galan; una conducta mala; una lengua viperina que se ponga entre los dos y enrede la cosa; una expresion que no choca; un arranque de carácter, y unos celos, á veces infundados, dan al traste con todos los proyec-

tos de amor para lo sucesivo. Pero cuando la jóven está prendada de Dios, cuando su amante es Jesucristo; nadie la distrae, porque allí no hay ingratitud, mala conducta, malas lenguas ni celos. El Hijo de Dios, que es la pureza increada y el origen de toda ella, no admite sospecha, y como es todo amor y nos ama igualmente á todos, no hay motivo de celos.

Nadie es capaz de distraer á la verdadera enamorada de Jesucristo.

Verónica emprendió por sí misma el estudio, pidiendo prestado un libro, y en las tardes de los días festivos una persona caritativa le daba lecciones.

Sus progresos eran, no obstante, lentos y la pobre jóven se desalentaba. A pesar de ello continuaba asistiendo todos los días que podia á la misa en el convento de Santa Marta; hasta que un día, en que la pobre muchacha lloraba sin consuelo, se le apareció la Santísima Virgen y le dijo:

—Querida hija, no te desalientes porque no puedas aprender á leer.

Solo tres cosas te bastan: primera, la meditacion diaria de la pasion de Nuestro Señor Jesucristo; Segunda, no murmurar de Persona alguna y excusar todo lo que puedas los defectos de nuestros prójimos encomendándolos á Dios en vida y en muerte, y tercera, dejarlo todo en la mano de Dios conformándote siempre con su santa voluntad.

La pobre niña quedó grandemente consolada con la visita de la Virgen María y emprendió de nuevo con mas ahinco su estudio. Un día que fué á Santa Marta á visitar á la Abadesa, ésta la dijo que procurara tenerlo todo dispuesto

para entrar en el convento tres días después.

El día siguiente Verónica se dirigía alegre y cantando fuera de Milán con un cuévano de ropa para lavarla en la corriente del río.

Era muy de mañana y apenas clareaba. La joven se arrodilló junto á una piedra, y empezó su tarea. Contenta como estaba trabajaba con gusto y en poco rato tuvo la ropa limpia.

Como vió que había concluido su tarea pronto, y en las orillas de agua crecían unos rosales llenos de frescas flores, la niña quiso coger algunas y hacer un ramo de ellas para llevarlas á Santa Marta y adornar el altar de la Virgen María.

En poco rato arregló un grande ramo de rosas, de su propio color blancas, pajizas y amarillas.

Verónica las contemplaba admirada y ella misma se maravillaba de su obra, cuando, sin saber de donde salió, se le apareció un apuesto caballero vestido de negro con cadena de oro al cuello y vistiendo una capa de grana.

La joven le miró asombrada.

Él clavó en ella sus ojos negros, su mirada fosforescente, y dijo:

—¡Qué lástima de rosas, niña, si tus mejillas son mas bellas y mas frescas que las rosas mismas de este ramo ¡Dichoso quien sea dueño de tanta hermosura!

Verónica se quedó turbada, pero mirando despacio al señor que así le hablaba vió su rostro, si bien hermoso, cubierto de una palidez cadavérica y dotado de una expresión que daba horror.

—Eres hermosa, Verónica, prosiguió el caballero, y podrias sin esfuerzo alguno ceñir la diadema ducal de Milán.

Verónica con esta expresión conoció la persona que le requabraba, y, acercándose al agua, miró reflejada en ella su propio rostro como en un claro espejo, y, en efecto, se vió tan hermosa que ella misma se admiraba, y juntando las manos con júbilo exclamó:

—Cuán bella soy ¡Oh Dios mío! ¡Y qué contenta estoy con serlo!

A vos, Creador de todo lo bello, pues sois la misma belleza, á vos consagro con gusto esta hermosura mundanal que me habeis dado y que en la tierra tal vez serviría de tropiezo á la virtud. Guardada en el cláustro será para vos tan solo, porque nadie mas que vos la verá.

Entonces el diablo, que no era otro el que se le apareció, dijo:

—Venciste Verónica, pues la vanidad que pierde á la mayor parte de las mujeres, en tí no ha podido nada, y dando un grito espantoso desapareció, dejando á la joven admirada, y dando gracias á Dios.

Verónica llevó su ramo á Santa Marta y adornó con él el altar de la Virgen María. Tres días después se cerraban tras ella para siempre las puertas del monasterio.

Modelo de santidad, admiración de su siglo, venerada de toda la Italia del mundo entero, fué esta sencilla y candorosa Virgen, uno de los ornamentos que mas honraron á la Orden Agustiniiana.

El orbe católico la venera en sus altares con el nombre de Santa Verónica.

nica de Milan, y su afortunada pátria enenta de ella la leyenda del requiebro del diablo.

Francisco de Paula Capella.

EL CENTINELA Y EL ROSARIO.

El general Ambert refiere el siguiente hecho: un sargento del regimiento número 42 de infantería es el que habla.

«Yo estaba en Bona con mi regimiento cuando estalló la guerra de 1870: vuelto á Francia, mi brigada entró á formar parte del ejército creado para la defensa de París. Despues de muchos combates mi batallon fué destinado á Vitry: allí construíamos un reducto y varias obras defensivas; pero el enemigo nos molestaba constantemente; sus tiradores mas diestros, ocultos tras de los vallados, tiraban á golpe seguro sobre los trabajadores, y desaparecian. Nuestro comandante quiso oponer á esta táctica tenebrosa lo que él bautizó con el nombre de una contra-mina: para ello hizo un llamamiento á los hombres de buena voluntad, y les ordenó que deslizándose hasta cierta distancia de las avanzadas, observáran al enemigo sin descubrirse, y no disparasen sino cuando estuvieran seguros de no errar el tiro. Entre los que se ofrecieron para esta empresa me encontraba yo.

Algo antes de amanecer entré una mañana en el cauce seco de un torrente, arrastrándome sobre las rodillas con el fusil en bandolera, y un pedazo de pan en el bolsillo; de mi cinturón pendían el revolver y los gemelos de campaña

de mi teniente. Llegado cerca de un gran álamo, cercado de malezas, me detuve, cavé la tierra con mi bayoneta, é hice una especie de trinchera con su parapeto, en el cual dejé varias troneras, cubriéndolo todo con yerbas secas. Poco tardé á olvidar el objeto que allí me habia llevado, y sin pensar en qué podia tal vez servir de blanco á algun tirador prusiano, sin acordarme de la muerte siempre en acecho, dejé vagar la imaginacion libremente.

Ahora contemplaba los esfuerzos que hacia una hormiga para arrastrar su carga; ahora seguia con la vista un scarabo que desplegaba sus alas verdes para pasar de una rama á otra; y entre tanto el cañon del fuerte de Druy tronaba á cada instante; el fuego de fusilería se dejaba oír y los obuses silvaban por encima de mi cabeza.

Así se pasó una hora, despues otra; y comenzaba á desesperar del resultado de mi encargo, cuando de pronto creí distinguir detrás de un árbol bastante apartado una mano que aparecía y desaparecía alternativamente: bien pronto mis dudas se habian disipado, el enemigo estaba en frente de mí: yo hice instintivamente lo que nosotros llamamos una retirada de cuerpo.

(Concluirá.)

